

Completando el puzzle

- CAPÍTULO 22 -

John se sentía inquieto. Celia y él cada vez tenían una relación más estrecha y, si era sincero consigo mismo, esperaba que se estrechase más y más, hasta que no cupiese entre los dos ni un ligero hálito. Pero él no era demasiado impulsivo, solía pensar antes de actuar una, dos y hasta mil veces, y al final, de tanto pensarlo, las historias se deformaban en su cabeza hasta convertirse en monstruos. En esas estaba. Hacía meses que no tenía relación con Pablo, el ex de Celia, y ni siquiera había sido decisión suya, sino de él, que no se había portado bien con ninguno. Pero aún así, no podía quitarse de encima esa sensación de traición que le atenazaba la garganta cada vez que se imaginaba besando a Celia.

Por eso se encontraba un viernes por la mañana que no tenía que trabajar, sólo en casa, sentado en el sofá con el móvil en la mano. Estaba dividido entre la necesidad de llamar y contarle a Pablo lo que sentía por Celia y la convicción de que no tenía por qué hacerlo, puesto que no se había comportado ni como un buen amigo, ni como un buen novio. ¿Qué le importaba a él ahora la vida de Celia? Pero por mucho que sabía que la parte lógica de su cerebro tenía razón, la emocional se encargaba de crearle cargo de conciencia. Finalmente se decidió a llamar porque sabía que no iba a ser capaz de disfrutar de la convivencia con Celia si no lo hacía. La primera vez que llamó, se agotaron todos los tonos y Pablo no le cogió. Pensó que estaría trabajando, así que esperó media hora y volvió a llamar, pero tampoco se lo cogió. Dejó el teléfono sobre la mesa con la esperanza de que le devolviera la llamada y se hizo un café pero le dio tiempo a tomárselo, darse una ducha y ver un capítulo de una serie antes de perder la paciencia y volver a llamarle él. Esa vez no se agotaron todos los tonos, sino que Pablo colgó. Por un momento se sintió mal pensando

que estaría en una reunión y él le estaba acosando con llamadas, pero entonces oyó el sonido de un whatsapp.

«¿Qué quieres?»

John se sorprendió por la parquedad del mensaje, pero le justificó mentalmente pensando que le había pillado ocupado, así que le contestó de manera corta y aséptica:

«Hablar»

«¿De qué?». Le contestó Pablo.

«De Celia». Le dijo John, que estaba cada vez más mosqueado.

«¿Y tú qué sabes de Celia?»

En ese momento se preguntó si quien había sido su amigo y la expareja de Celia siempre había sido así de gilipollas.

«Teniendo en cuenta que vivimos juntos, supongo que sabré de ella más que tú.»

Todavía no había dejado el teléfono sobre la mesa cuando sonó.

—Hola, Pablo—dijo John cuando descolgó.

—¿Qué significa eso de que vives con Celia?

—Hola, cuánto tiempo. Yo también me alegro mucho de hablar contigo. ¿Cómo te va la vida? A mí bien, gracias.

—Ya sé que a ti bien si estás viviendo con mi exnovia. ¿Me quieres explicar qué ha pasado?

—No ha pasado nada, sólo que la llamé para que me ayudase cuando me dieron el trabajo en España sin saber que lo habíais dejado. Y al final encontramos un piso puta madre que era demasiado grande y caro para mí, y nos fuimos los dos juntos.

John se daba de cabezazos contra la pared por estar justificándose de esa manera ante Pablo, que no era nada ni de Celia ni de él. Y qué coño, ni siquiera le caía bien.

—¿Y ya te la has follado?—le preguntó Pablo sacándole de su autoflagelación.

—*Excuse me?*—dijo John pasándose al inglés sin darse cuenta.

—¿No me has entendido o no me has querido entender?—le dijo él enfadado.

—Mira, yo no te he llamado para esto. Sentía que tenía que contártelo, pero ahora la verdad es que no entiendo por qué. Espero que te vaya todo muy bien, Pablo. Hasta más ver.

Colgó sin darle tiempo a replicar y al instante se sintió fatal de haber hecho esa llamada. Celia iba a enfadarse con él por haberse puesto en contacto con su ex y haberse justificado por vivir con ella como si fuese de su propiedad.

Cuando Celia llegó a casa, John la había limpiado de arriba abajo, había colgado ese cuadro que llevaba desde que se mudaron apoyado en la pared del salón y había comprado una caja de *Manolitos*, que para quien no los conozca, os diré que son los cruasanes más buenos del mundo porque tienen un kilo de mantequilla cada uno.

—Bueno, bueno, que despliegue—dijo ella—. Esta parece la típica escena de las películas malas en la que el marido le quiere contar a la mujer que le ha puesto los cuernos y le compra un ramo de flores, unos bombones y...

Celia se calló al ver cómo John miraba al suelo avergonzado.

—John, ¿qué has hecho?—preguntó súbitamente alarmada.

Él levantó la vista del suelo y la miró con cara de perrito apaleado.

—He hecho una cosa que no te va a gustar nada, pero espero que me puedas entender y perdonarme.

—Vamos a ver, John, que soy una persona razonable y no me enfado por tonterías. ¿Qué ha pasado?

—He llamado a Pablo para decirle que vivíamos juntos porque sentía que le estaba traicionando y él se ha enfadado mucho y me ha acabado preguntando si follábamos y entonces me he enfadado yo y le he colgado—dijo de carrerilla.

Celia le miró a la cara sin comprender del todo.

—¿Que has llamado a Pablo?—preguntó.

—Sí—susurró él.

—Pero... ¿por qué?

—Era un sentimiento raro, como si estuviese escondiéndole algo y le estuviera traicionando.

—Pero si ni siquiera sois amigos—dijo ella.

—Lo sé, lo sé... Pero te juro que cuando me habló como sí... como sí... fueras de su propiedad me enfadé muchísimo.

—Voy a decirte algo que no te va a gustar escuchar, John, pero el primero que me trató como una propiedad suya fuiste tú al llamarle casi para pedirle disculpas por vivir conmigo.

—Yo no le quería pedir disculpas.

—¿Entonces? ¿De dónde venía ese sentimiento de culpa? ¿No será porque sentías que te habías quedado con algo que era suyo?

John calló y volvió a bajar la vista al suelo.

—Lo siento, Celia. Lo siento mucho...

—Mira John, es verdad que tú y yo nos conocimos a través de Pablo, pero espero haber construido una relación contigo lo suficientemente fuerte como para que él no tenga cabida. Y ahora, si no te importa, me voy a ir un rato a la habitación.

Muy digna, cogió su bolso que había lanzado sobre el sofá, entró en su habitación y cerró la puerta. Medio segundo después, volvió a abrir la puerta, cogió la caja de *Manolitos* que estaban encima de la mesa del salón y volvió a entrar en su cuarto sin decir una palabra.

Al día siguiente, cuando Celia despertó, John ya estaba en el salón en el mismo lugar donde le había dejado la noche anterior. Era sábado, por lo que no había prisa y tenían por delante toda una mañana para desayunar tranquilos y limar asperezas.

—Buenos días—dijo John cabizbajo.

—Buenos días—contestó Celia—. No me mires con ojitos de cordero degollado, que ya se me ha pasado el cabreo.

John sonrió tímidamente.

—Vete preparando café que voy a bajar a la panadería a comprar unos bollitos para desayunar como marqueses.

—John, ya no estoy enfadada, no hace falta que me compres con bollitos. Si cada vez que tenemos una discusión me cebas no me voy a poder abrochar los pantalones.

—No, no, tú pon la cafetera. Yo, bollos. Tú, sofá.

John salió atropelladamente de la casa y Celia sonrió mientras ponía la cafetera en la vitrocerámica y se sentaba a leer una revista. El sonido estridente del telefonillo rompió el silencio del salón.

—Vaya, John se ha dejado las llaves—dijo en alto como si hubiese alguien que pudiera escucharla.

Abrió abajo sin preguntar y dejó la puerta del piso abierta antes de irse al baño a lavarse la cara. A los pocos minutos, escuchó ruido dentro del piso.

—¿Ya estás aquí, John? ¿Había napolitanas de chocolate? Me encantan cómo las hacen en esa panadería.

Salió del baño recogiendo el pelo en una coleta, pero se quedó clavada en el suelo cuando vio a la persona que había frente a la puerta con una pequeña maleta de ruedas a su lado.

—Hola, Celia—dijo Pablo sonriendo de medio lado.

—¿Se puede saber qué haces aquí?—preguntó ella cuando se recuperó de la impresión—. ¿Cómo sabes dónde vivo?

—Tuve que hacer un par de llamadas a tus amigas del instituto hasta que María me dio tu dirección.

María era la típica amiga de la adolescencia a la que no soportas pero que tienes que verla de vez en cuando en las reuniones del cole. De hecho, la última reunión se organizó justo el fin de semana que ella se mudó, y esa fue la

excusa que puso para no acudir. No lo recordaba, pero suponía que daría su dirección en el grupo de Whatsapp que crearon para la cena.

—Vale, recordaré en un futuro no dar información sobre mi vida a esa gente—dijo Celia—. Ahora que sé cómo sabías dónde vivía, ¿me puedes decir qué haces aquí?

—He venido a verte. Y podrías alegrarte más, por cierto, coger un billete de Nueva York a Madrid para el mismo día me ha costado un riñón.

—¿Te he pedido yo que vinieras? ¿Me has preguntado si yo quería verte? Porque te informo de que no tengo ningunas ganas de verte la cara y mucho menos después de enterarme de que me estuviste poniendo los cuernos desde que llegaste a Nueva York.

—¿Eso te ha contado John? Por favor, Celia, eres muy inocente. Lo que quiere John es que llores en su hombro para que estés vulnerable y poder atacar. Le he visto jugar muchas veces el papel de mejor amigo, ¿cómo te lo puedes tragar?

Por un momento, Celia sólo recordó los momentos buenos con Pablo. Cuando se conocieron, esos primeros meses en los que sólo importaba crear nuevos recuerdos juntos a diario. Pero luego se acordó de la soberbia, del sentirse inferior a su lado. Se acordó del tiempo que estuvieron juntos en la distancia, de cómo la ignoraba, de lo que sufrió y de cómo la dejó sin dar explicaciones. Entonces oyó una llave que entraba en la cerradura, la puerta se abrió y apareció John con una bandeja llena de bollitos.

—No había napolitanas de chocolate de las que te gustan, pero me han dado unas mininapolitanas que tienen una pinta buenísima...—la voz de John se extinguió cuando levantó la vista y vio a Pablo y a Celia, uno frente al otro en mitad de su salón.

Celia no necesitó pensar más, la sola visión de John puso en orden sus ideas. Decidida, se acercó a él, rodeó su cuello con los brazos y, sin darle demasiadas vueltas, se puso de puntillas para alcanzar sus labios. La bandeja que sostenía John cayó al suelo dejando sus manos libres para abrazarla. Al cabo de unos segundos, Celia despegó sus labios de los de John y, sin dejar de mirarle a los ojos, dijo:

—Pablo, ¿puedes irte, por favor? John y yo tenemos que hablar.

Sígueme en redes sociales (a veces no publicaré mucho, pero contestar, contesto siempre):

Facebook: <https://www.facebook.com/saraflamencoescritora/>

Twitter: @SMFlamenco

Instagram: @saraflamenco

Web: <http://saraflamenco.com/>